

# CAPÍTULO UNO

## Dallas

—Dios, no estaban bromeando. Ha venido a la ciudad.

Emilie me sujetó la muñeca y clavó sus uñas largas en mi piel bronceada.

—Igual que Oliver von Bismarck. Que alguien me pellizque.  
—Savannah extendió el brazo y la pellizqué con gusto—. Ay, Dal.  
Deja de ser tan literal.

Me encogí de hombros y centré mi atención en la comida: la razón por la que había asistido esa noche al baile de debutantes.

Tomé una cáscara de pomelo bañada en chocolate de una bandeja de cristal y mordí, saboreando el néctar amargo.

Dios no era un hombre.

Dios tampoco era una mujer.

Dios era probablemente una fruta cubierta de chocolate Godiva.

—¿Qué hacen aquí? Ni siquiera son del sur. —Emilie le robó a Sav el programa de debutante para abanicarse el rostro—. Y dudo que hayan venido a conocer mujeres. Ustedes dos adoran la vida de soltero. ¿Acaso Costa no le rompió el corazón a una princesa sueca de verdad el verano pasado?

—¿A diferencia de una princesa sueca de mentira? —me pregunté en voz alta.

—*Dal*.

¿Dónde estaban los pasteles de nata portugueses? Me prometieron pasteles de nata portugueses.

—Me dijiste que habría pasteles de nata. —Tomé un pastel griego de queso y miel como premio consuelo y lo sacudí delante de Emilie—. Culpa mía, por haber vuelto a confiar en ti.

Con sus ojos de halcón vio cómo guardaba dos rosquillas polacas en el bolso.

—*Dal*, no puedes guardar eso en tu Chanel. Estropearás el cuero.

Sav introdujo un puño frenético en su bolso de mano y extrajo un lápiz labial.

—He oído que Von Bismarck ha venido para comprar Le Fleur.

Le Fleur pertenecía al padre de Jenna. Hacían sábanas de percal para hoteles cinco estrellas. Con trece años, Emilie y yo huimos de casa y dormimos en su sala de exposición una semana antes de que nuestros padres nos descubrieran.

—¿Para qué necesita Le Fleur? —Tomé un *kanafeh*, de espaldas a las criaturas míticas que habían enloquecido a mis mejores amigas. A juzgar por los susurros que llenaban la sala, no eran las únicas hablando del tema.

Emilie le quitó el perfume a Savannah, el Bond N.º 9, y se puso una cantidad generosa.

—Es dueño de una cadena pequeña llamada El gran regente. Seguro que has escuchado hablar de ella.

Antes de tener más sucursales que el Hilton, El gran regente era un resort exclusivo al que solo podías ir con invitación. Así que supuse que Von Arrogancia no andaba corto de dinero. De hecho,

la riqueza generacional obscena era el requisito de entrada implícito al evento de esta noche.

El Baile de Debutantes Real de Chapel Falls era un espectáculo de exhibición pretencioso que atraía a todos los billonarios y multimillonarios del estado. Los padres exhibían a sus hijas criadas en bailes de cotillón por la Ópera Astor con la esperanza de que les fuera lo bastante bien como para que las cortejaran hombres de la misma categoría impositiva.

Yo no había venido a encontrar marido. Antes de que yo naciera, mi padre ya me había prometido, como bien me recordaba mi anillo de diamantes. Esto siempre me pareció un problema futuro... hasta que dos días atrás descubrí el anuncio oficial en las páginas sociales.

—Escuché que Romeo está decidido a convertirse en el director ejecutivo de la empresa de su padre. —Dios, Sav estaba obsesionada con él. ¿Acaso planeaba escribir la Wikipedia de este hombre?—. Y eso que ya es millonario.

—No solo millonario. Es multimillonario. —Emilie tocó un diamante corte marquesa de su brazalete Broderie, un gesto involuntario que la delataba al jugar póker—. Y no es de los que desperdicia el dinero en yates, asientos de oro para el retrete o para financiar protectoras de animales con el fin de limpiar su imagen.

Sav los miró con desesperación a través de su espejo compacto.

—¿Creen que hay alguna forma de conocerlos?

Emilie frunció las cejas.

—Ninguno de los presentes los conoce. Dal... Dallas..., ¿estás escuchando? Es importante.

La única situación grave que había presenciado era la falta de galletas. A regañadientes, clavé la vista en los dos hombres que separaban la multitud de seda y peinados rígidos.

Ambos medían al menos uno noventa. Parecían gigantes intentando entrar en una casa de muñecas. Rompían todos los moldes. Pero su altura era lo único en lo que se parecían. Eran polos opuestos. Uno era seda y el otro, cuero.

Suponía que el clon de Ken en la vida real era Von Bismarck. Pelo rubio ceniza, mandíbula cuadrada adornada con una barba incipiente; parecía algo que solo podía dibujar un ilustrador de Walt Disney. El príncipe europeo perfecto, con ojos azules escandalosos y estructura romana.

*Seda.*

El otro era una bestia salvaje que había aprendido modales. Amenaza contenida en un traje marca Kiton. Tenía el pelo negro como la tinta, peinado como un caballero, recortado para someterlo.

Había cuidado hasta el más mínimo detalle de forma intencional, para administrar dosis letales directamente al torrente sanguíneo de una mujer. Pómulos marcados, cejas gruesas, pestañas por las que correría el riesgo de ir a la cárcel, y los ojos grises más gélidos que había visto: eran tan claros y helados que decidí que no combinaban con sus facciones italianas bronceadas.

*Cuero.*

—Romeo Costa. —La voz de Savannah se llenó de anhelo mientras él pasaba a nuestro lado en dirección a la mesa VIP—. Dejaría que me arruinara la vida, tanto como Elon Musk destruyó Twitter.

—Yo dejaría que me hiciera cosas feas. —Emilie jugó con el diamante azul que llevaba colgado del cuello—. No tengo ninguna fantasía en mente, solo aceptaría todo lo que él quisiera.

Era un problema: ser chicas sureñas vírgenes que iban a la iglesia y leían la Biblia en el siglo veintiuno. Chapel Falls era famoso por dos cosas: 1) sus residentes asquerosamente ricos, la mayoría propietarios

de negocios con muchos beneficios. Y 2) ser conservadores arcaicos extremos, dispuestos a encerrar a sus hijas en casa.

Las cosas funcionaban de otra forma aquí abajo. Supuestamente, las presentes llegaríamos al matrimonio habiéndonos dado apenas un beso con un chico, a pesar de que todas tuviéramos más de veintiún años.

Mientras que mis amigas, con sus buenos modales, les lanzaban miradas discretas, a mí no me importó mirarlos fijamente. Un anfitrión nervioso los estaba guiando a su mesa y ellos evaluaban el entorno. Romeo Costa, con la distancia insatisfecha de un hombre que cenaba basura en un callejón; y Von Bismarck, con diversión cínica y juguetona.

—¿Qué estás haciendo, Dal? ¿Se darán cuenta de que estás mirándolos! —Savannah casi se desmaya. Ellos ni siquiera miraban en nuestra dirección.

—¿Y? —Bostecé y tomé una copa de champán de una bandeja que apareció en mi periferia visual.

Mientras Sav y Emilie cotillearon un poco más, yo caminé entre las mesas cubiertas de dulces importados, champán y bolsas de regalos. Hice las rondas obligatorias, saludé a conocidos y familiares lejanos solo para acceder a las bandejas de catering en el extremo opuesto de la sala. También mantuve un ojo alerta en busca de mi hermana, Franklin.

Frankie estaba en alguna parte, probablemente incendiando la peluca de alguien o perdiendo la fortuna familiar en un juego de cartas.

Si a mí me tachaban de perezosa, con falta de ambición y demasiado tiempo libre, ella era la *banshee* designada en la casa Townsend.

No tenía ni idea de por qué papá había decidido traerla. Apenas tenía diecinueve años y conocer hombres le interesaba tanto como a mí masticar agujas sin esterilizar.

Caminando en mis Louboutins edición limitada (doce centímetros, terciopelo negro y tacones de aguja hechos con perlas y cristales Swarovski), ofrecí sonrisas y lancé besos a todos los que se cruzaban en mi camino hasta que me topé con otro cuerpo.

—¡Dal! —Frankie me abrazó como si no me hubiera visto hacía cuarenta minutos, cuando la atrapé guardándose botellitas de Clase Azul en el sujetador y me hizo prometerle que guardaría el secreto. Los bordes de las botellitas se me clavaron en los pechos cuando nos abrazamos.

—¿La estás pasando bien? —La enderecé antes de que cayera como una cabra—. ¿Quieres que te traiga un poco de agua? ¿Un analgésico? ¿Una intervención divina?

Frankie olía a sudor. Y a perfume barato. Y a marihuana.

—Estoy bien. —Sacudió una mano, mirando alrededor—. ¿Has visto que ha venido un duque de Maryland?

—Creo que no existe la monarquía en Estados Unidos, hermanita. —Solo porque el apellido de Von Bismarck pareciera inventado no significaba que fuera de la realeza.

—¿Y su amigo superrico? —Me ignoró—. Es traficante de armas, parece divertido.

Solo en su universo un traficante de armas podía parecer entretenido.

—Sí, Sav y Emilie también estaban entusiasmadas, tanto que estaban listas para luchar contra un lince. ¿Los has conocido?

—No. —Frankie arrugó la nariz, todavía mirando el salón de baile, probablemente en busca de quien sea que la haya hecho oler como un bebé en el asiento trasero del coche de un traficante de drogas—. Supongo que quien los invitó quería causar una buena impresión, porque su mesa tiene galletas preparadas especialmente

por el panadero favorito de la reina muerta. Voló aquí directo desde Surrey. —Esbozó una sonrisa torcida—. Robé una cuando nadie miraba.

Se me detuvo el corazón. Quería tanto a mi hermana. Pero también quería matarla ahora mismo.

—¿Y no robaste una para mí? —casi grité—. Sabes que nunca he probado una galleta inglesa auténtica. ¿Cuál es tu problema?

—Ah, hay muchas más. —Frankie hundió los dedos en su recogido tenso y se masajeó el cuero cabelludo—. Las personas hacen fila para hablar con esos idiotas como si fueran, no sé, los Windsor. Acércate, preséntate y coge una con disimulo. Hay miles.

—¿De galletas o de personas?

—De ambas.

Giré la cabeza. Tenía razón. Una hilera de invitados esperaba para besarles los anillos a esos tipos. Dado que solo estaba dispuesta a rebajarme por algo sabroso, avancé hacia el grupo que rodeaba la mesa de Costa y Von Bismarck.

—... *plan fiscal desastroso que crearía el caos económico...*

—*Señor Costa, sin duda debe haber una forma de cortar estos gastos, ¿no? No podemos continuar financiando estas guerras...*

—... *su falta de armas tecnológicas. Llevo tiempo queriendo preguntarlo...*

Mientras los hombres de Chapel Falls hablaban con intenciones de generarle un coma a esos dos y las mujeres inclinaban el torso para exhibir su escote, me abrí paso entre la multitud con los ojos puestos en el premio: una fuente de tres pisos con galletas deliciosas. Primero, coloqué una mano de forma casual sobre la mesa. *Nada que ver aquí.* Luego, me acerqué poco a poco a los dulces ingleses que se encontraban en el centro de la mesa.

Rocé una galleta con los dedos y una voz afilada me dijo:

—¿Y tú quién eres?

Era Cuero. O, mejor dicho, Romeo Costa. Estaba reclinado en su silla, mirándome del mismo modo que un cocodrilo del Nilo. Dato curioso: ambos consideraban a los humanos como parte de su dieta.

Me incliné con una reverencia.

—Oh, lo siento ¿Dónde han quedado mis modales?

—Sin duda no están en la bandeja de galletas. —Su voz era irónica y desinteresada.

Bueno. Público difícil. Aunque era verdad que había intentado robárselas.

—Soy Dallas Townsend, de la familia Townsend. —Esboqué una sonrisa cálida y le ofrecí la mano para que la besara. Él la miró con repugnancia, ignorando el gesto. Algo totalmente desproporcionado a mi supuesto crimen.

—¿Tú eres Dallas Townsend? —Un dejo de decepción atravesó su rostro digno de un dios, como si hubiera esperado algo muy diferente. El mero hecho de que hubiera esperado algo era ya una suposición rebuscada. No nos movíamos en los mismos círculos. De hecho, estaba noventa y nueve por ciento segura de que este hombre solo se movía en cuadrados. Era un tipo de persona muy vivaz.

—Lo llevo siendo los últimos veintiún años.

Miré las galletas. Tan cerca pero tan lejos.

—Mis ojos están aquí arriba —replicó Costa.

Von Bismarck rio y tomó la galleta más grande, posiblemente para molestarme.

—Es encantadora, Rom. Una buena mascota.

¿Encantadora? ¿Mascota? ¿De qué hablaba? Con gran reticencia, arrastré mis ojos por el largo de la mesa, lejos de las galletas, y los



posé en el rostro de Romeo. Era tan atractivo. Sin ningún signo de vida en la mirada.

Él inclinó el torso hacia delante.

—¿Estás segura de que eres Dallas Townsend?

—Mmm —me di unos golpes en el mentón con el índice—, ahora que lo pienso, voy a cambiar mi respuesta: soy Hailey Bieber.

—¿Se supone que esto es gracioso?

—¿Se supone que esto es serio?

—Estás siendo muy obtusa.

—Tú has empezado.

Cada rincón de la mesa emitió un grito ahogado. Romeo Costa, sin embargo, parecía más indiferente que ofendido. Reclinó la espalda en el asiento y posó los antebrazos en cada reposabrazos. La postura (y su traje a medida que se amoldaba a la perfección) le daban el aura de un rey estricto con predilección por la guerra.

—Dallas Maryanne Townsend. —Bárbara Alwyn-Joy se apresuró a intervenir. La madre de Emilie era chaperona en el evento. Y, al igual que el resto, se tomaba el trabajo con demasiada seriedad—. Debería decirle a tu padre que te saque de este salón de baile en este instante por hablarle así al señor Costa. No nos comportamos así en Chapel Falls.

En Chapel Falls quemarían en la hoguera a cada pelirrojo del pueblo.

Incliné la cabeza con exageración, mientras tocaba con el dedo del pie una galleta redonda sobre el suelo de mármol.

—Lo lamento, señora.

No me arrepentía ni una pizca. Romeo Costa era un imbécil. Tenía suerte de que estuviéramos en público, porque si no, me hubiera visto sin filtros. Me giré para irme antes de causar aún más revuelo y que mi padre me cancelara la tarjeta de crédito.

Pero, entonces, Costa no pudo evitar hablar de nuevo:

—¿Señorita Townsend?

Bieber para ti.

—¿Sí?

—Es necesaria una disculpa.

Me di la vuelta y lo fulminé con la mirada con cada gramo de furia que pude reunir.

—Estás borracho si crees que me dis...

—Me refería a que yo debería disculparme. —Se puso de pie y se abotonó el saco.

Ah. Cientos de ojos rebotaban entre nosotros. No sabía muy bien qué estaba pasando, pero creía que las probabilidades de ponerle las manos encima a las galletas acababan de multiplicarse. Además, necesitaba aprender de su talento para mantener el control y la confianza al máximo incluso mientras pedía disculpas. Siempre me sentía muy impotente al disculparme. Pero Costa trataba las disculpas como una herramienta para catapultarse más alto en la jerarquía humana. Parecía ser de una especie completamente diferente a sus pares.

Me crucé de brazos, ignorando todo lo aprendido en las clases de etiqueta, como siempre.

—Claro. Estoy dispuesta a escucharlas.

Él no sonrió. Ni siquiera me miró. En cambio, me atravesó con los ojos.

—Me disculpo por haber dudado de su identidad. Por algún motivo, creí que sería... diferente.

En otro momento, le preguntaría qué le habían dicho de mí y quién, pero necesitaba reducir mis pérdidas y huir antes de que mi lengua me metiera en problemas, motivo por el cual mantenía la boca ocupada masticando el ochenta por ciento del tiempo. Además, no

podía mirar a ese hombre sin sentir que mis piernas estaban hechas de gelatina. No me gustaba lo atontada que me hacía sentir. O como se me calentaba la piel donde él posara la mirada.

—No pasa nada. Nos pasa a todos. Disfrute de la velada. —Con eso, regresé rápido a mi mesa.

Por suerte, mi padre estuvo de un humor excelente toda la cena, conversando con sus amigos. Bárbara no debía haberlo amenazado en broma con delatarlo, porque poco después del cuarto aperitivo, él me dio permiso para bailar.

Y vaya que bailé. Primero, con David, uno de la iglesia. Luego, con James, del instituto. Y por último con Harold, que vivía cerca de casa. Me hicieron dar vueltas, me inclinaron a pocos centímetros del suelo de mármol e incluso me permitieron guiar el baile en algunos vales. Podríamos decir que la velada estaba siendo un éxito. Hasta que Harold inclinó la cabeza cuando nuestra canción terminó y comencé a volver a mi asiento. Porque cuando me giré, Romeo Costa estaba ahí. Como un demonio al que acababan de invocar. A cinco centímetros de mi rostro.

Virgen María, ¿por qué el pecado siempre es tan tentador?

—Señor Costa. —Coloqué la mano sobre mi clavícula expuesta—. Lo siento, pero estoy un poco mareada y cansada. Creo que no voy a...

—Yo guiaré. —Me alzó en el aire, mis pies flotaron sobre el suelo, y comenzó a bailar conmigo sin mi participación.

Hola, bandera roja del tamaño de Texas.

—Por favor, suéltame —le pedí, apretando los labios.

Me sujetó más fuerte y el contorno de sus músculos me engulló.

—Por favor, deja de fingir que eres una dama. He visto a Olivia Wilde actuar de un modo más convincente.

*Ay.* Recuerdo bien haber querido arrancarme los ojos después de ver la película *El efecto Lázaro*.

—Gracias. —Relajé los músculos para obligarlo a sostener todo mi peso o a dejarme caer inerte en el mármol—. La verdad, ser un miembro respetable de la sociedad es agotador.

—Viniste a mi mesa por las galletas, ¿verdad?

Quizá cualquier otra chica lo hubiera negado con vergüenza. Pero la realidad era que me gustaba la idea de que supiera que él no era la atracción principal para mí.

—Sí.

—Estaban deliciosas.

—Aún quedan algunas —dije, después de mirar la mesa por encima de su hombro.

—Muy perspicaz, señorita Townsend. —Me hizo girar con la destreza aterradora de un bailarín profesional. No sabía si tenía náuseas porque él se movía demasiado rápido o porque estaba entre sus brazos—. No creo que quiera también una copa de champán para acompañarlas, ¿no? Oliver y yo acabamos de comprar una botella de Cristal Brut Millénium Cuvée.

Esa botella cuesta trece mil dólares. Por supuesto que quería una copa.

Intenté imitar su tono desinteresado.

—De hecho, creo que una copa sería el acompañamiento perfecto para las galletas.

Mantuvo el rostro inexpresivo y frío. Dios, ¿qué era necesario para hacerlo sonreír?

Apenas era consciente de que nos observaban. Él no había bailado con nadie, solo conmigo. Me incomodaba. Savannah y Emilie habían mencionado que no estaba buscando pareja, pero también me

habían dicho en la primaria que las vacas marrones daban chocolate con leche.

—Hay algo que deberías saber. —Me aclaré la garganta, y me miró con esos ojos grises como el invierno inglés; su expresión decía que era imposible que existiera algo que yo supiera y él no—. Estoy comprometida, así que si buscas conocerme mejor...

—Conocerme es la menor de mis intenciones. —Cuando hablé, me di cuenta de que estaba mascando chicle. Menta, a juzgar por el aroma.

—Gracias a Dios. —Me relajé—. No me gusta decepcionar a los demás. Es una manía, ¿sabes?

No me encantaba la idea de casarme con Madison Licht, pero tampoco la odiaba. Lo conocía de toda la vida. Dado que era el hijo de un amigo de la carrera de mi padre, aparecía durante las vacaciones o en alguna que otra cena. Todo en él era adecuado. Adecuadamente atractivo. Adecuadamente rico. Adecuadamente educado. Y, sin embargo, toleraba mi excentricidad. Además, los ocho años que me sacaba le daban un aura de hombre culto y experimentado. Habíamos tenido dos citas, en las que había dejado claro que me permitiría vivir como quisiera. Una rareza entre los matrimonios de conveniencia de Chapel Falls.

Romeo Costa me miraba como si fuera una pila de estiércol a la que alguien había prendido fuego en su puerta y necesitara pisotearme para apagar las llamas.

—¿Cuándo es la boda? —Su voz era una burla envuelta en terciopelo.

—No lo sé. Probablemente cuando me gradúe.

—¿Qué estudias?

—Literatura en Emory.

—¿Cuándo te graduarás?

—Supongo que cuando deje de desaprobarme.

Una sonrisa amarga tocó sus labios, como si reconociera que mi comentario debería entretenerlo.

—¿Te gusta?

—No.

—¿Qué te gusta, además de las galletas? —Parecía seguirme la corriente solo para que no me fuera, pero no entendía por qué, si no parecía disfrutar tanto de mi compañía. Sin embargo, pensé en la respuesta, dado que no tenía que concentrarme en los pasos de baile. Él se ocupaba por los dos.

—Los libros. La lluvia. Las bibliotecas. Conducir sola de noche con música de fondo. Viajar... Más que nada por la gastronomía. Pero los restos históricos no me desagradan.

En Chapel Falls todos creían que era una niña de papá que se pasaba el día quemando la tarjeta de crédito en bolsos de lujo, frecuentando restaurantes elegantes y buscando novelas decentes en el Cinturón Bíblico. Era de conocimiento público que no tenía aspiración alguna.

Pero los rumores no eran ciertos. Tenía un deseo secreto. Un deseo clandestino que, por desgracia, exigía la presencia de un hombre. Lo que más anhelaba era ser madre.

Parecía muy sencillo. Muy accesible. Sin embargo, había pasos indispensables para lograr ese objetivo, y ninguno de ellos parecía posible en el anticuado Chapel Falls.

—Eres muy directa. —No lo dijo como si fuera algo bueno.

—Eres muy curioso. —Dejé que me inclinara, incluso cuando eso nos acercó más—. ¿A ti qué te gusta? —le pregunté un segundo después, porque era educado hacerlo.

—Pocas cosas. —Nos hizo girar en círculos rápidos, y pasamos junto a Savannah, que estaba boquiabierta—. El dinero. El poder. La guerra.

—¿La guerra? —repetí, atónita.

—La guerra —confirmó— es un negocio muy redituable. Y también constante. Siempre hay alguna guerra en el mundo o países preparándose para ella. Es extraordinario.

—Tal vez para los políticos. No para las personas que la sufren. Los niños aterrorizados. Las muertes, las familias, el dolor de...

—¿Siempre eres tan difícil o te has reservado este discurso de concurso de belleza solo para mí?

Después de quedarme sin palabras por su idiotez, respondí:

—Solo para ti. Espero que te haga sentir especial.

Hizo estallar su chicle. Un gesto para nada caballeroso.

—Encontrémonos en el jardín de rosas en diez minutos. —Todo el mundo sabía lo que pasaba en el jardín de rosas.

Apreté los labios. ¿Acaso él no había estado presente los últimos cinco minutos?

—Acabo de decirte que estoy comprometida.

—Todavía no estás casada. —Me inclinó de nuevo para corregir la coreografía. Arrogante—. Es tu última celebración antes de casarte. Tu momento de debilidad antes de que sea demasiado tarde para probar algo nuevo.

—Pero... no me caes bien.

—No necesito caerte bien para hacerte sentir bien.

Hice retroceder la cabeza y lo fulminé con la mirada.

—¿Y qué me ofreces?

—Una vía de escape de este evento tan aburrido. —Otro giro. Más dolor de cuello. O tal vez era producto de esta conversación.

Él mantuvo la voz baja y firme—. Discreción absoluta garantizada. Diez minutos. Llevaré galletas y champán. Solo necesitas llevar tu presencia. De hecho... —Hizo una pausa, mirándome de arriba abajo—. No me molestaría que dejaras tu personalidad en la mesa. —Con eso, interrumpió el baile en la mitad y me dejó en el suelo.

Mi mente daba vueltas mientras observaba su espalda al retirarse. No entendía qué acababa de pasar. ¿Acababa de ofrecerme sexo sin compromiso? Parecía atónito por nuestra conversación. Pero tal vez siempre era así.

Gélido, reservado e informal.

Una parte de mí intentaba convencerme de que debería aceptar lo que me estaba ofreciendo. Aunque sin llegar al final. Conservaría mi virginidad, pero un par de travesuras en la oscuridad no harían daño a nadie. Tampoco es que Madison estuviera en casa pensando en nuestro futuro.

Sabía con certeza que salía todos los fines de semana y que disfrutaba de amoríos breves con modelos y mujeres de la alta sociedad. Mi amiga Hayleigh vivía en la casa de enfrente y me hablaba de las mujeres que entraban y salían de su condominio.

Es decir, ni siquiera estábamos juntos de verdad. A petición de nuestros padres, una vez al mes hablábamos por teléfono para «conocernos mejor», pero eso era todo.

La propuesta de un hombre como Romeo Costa era algo que solo llegaba una vez en la vida. Debería aprovecharlo. A él. Tal vez podría enseñarme algunos trucos. Algo con lo que impresionar a Madison.

Además, me había prometido galletas.

En cuanto mi padre se giró para hablar con el señor Goldberg, corrí al baño. Apreté el borde del fregadero de piedra caliza salpicado de oro y me miré en el espejo, parpadeando.



Son solo unos besos.

Ya lo has hecho con otros chicos.

Él era tan nuevo, tan maduro, tan sofisticado, que ni siquiera me importaba que fuera malvado. Si soy sincera, el señor Darcy recién en el último veinte por ciento del libro fue digno de embelesamiento.

—¿Qué podría pasar? Nada malo —le aseguré a mi reflejo—. Nada.

A mis espaldas, alguien tiró de la cadena. Emilie salió de un cubículo, frunciendo el ceño mientras se lavaba las manos a mi lado.

—¿Te has fumado lo mismo que el camarero le ha dado a tu hermana? —Intentó tocarme la frente con el dorso de su mano jabonosa—. Estás hablando sola.

Esquivé su tacto.

—¿Has conocido a Romeo Costa?

Hizo un mohín.

—Él y Von Bismarck son la atracción principal. Siempre están rodeados de miles de personas. Ni siquiera he podido sacarle una foto. Pero te he visto bailando con él. Qué afortunada. Mataría por tener esa oportunidad.

Se me escapó una risita breve e imprudente.

—¿A dónde vas? —me preguntó cuando me giré.

A hacer algo espontáneo.